

Pastrone, Pablo Nazareno

Carmelo Giaquinta y la Facultad de Teología

Carmelo Giaquinta and the School of Theology

Revista Teología • Tomo LIII • N° 121 • Diciembre 2016

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

PASTRONE, Pablo N., *Carmelo Giaquinta y la Facultad de Teología* [en línea]. *Teología*, 121 (2016). Disponible en:
<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/carmelo-giaquinta-facultad-teologia.pdf>> [Fecha de consulta: ...]

Carmelo Giaquinta y la Facultad de Teología

RESUMEN

Habiendo cumplido cien años de vida la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y a cincuenta años de la clausura del Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II, se presenta un momento histórico propicio para ensayar una hermenéutica de sus respectivos procesos. Razón por la que propongo en este artículo contribuir a dicho objetivo, relevando la actuación de Carmelo Giaquinta como profesor y decano de esta institución, que pretendió modelarse a la luz de la renovación conciliar.

Palabras clave: Carmelo Giaquinta, profesor, decano, Facultad de Teología, Vaticano II.

CARMELO GIAQUINTA AND THE SCHOOL OF THEOLOGY

ABSTRACT

The hundredth anniversary of the School of Theology of UCA and the fiftieth commemoration of the closing of the Second Vatican Council indicate an enabling juncture to test the hermeneutics of their historical processes. This article will form the basis for contributing towards that objective, relieving the performance of Carmelo Giaquinta as a teacher and dean of this institution, which aimed to be molded into the light of conciliar renewal.

Key Words: Carmelo Giaquinta, Teacher of Theology, Dean, School of Theology, Second Vatican Council.

El “quehacer teológico”

El Concilio Vaticano II recomendó a quienes se dedican a las disciplinas teológicas estar a la altura del mundo contemporáneo, pro-

fundizando en el conocimiento de la Verdad Revelada, sin descuidar la relación con su propia época, en orden a que los hombres expertos en las diferentes disciplinas, lleguen a un conocimiento más pleno de la fe. Al mismo tiempo, aconsejó decididamente la formación adecuada de los laicos en las ciencias sagradas con el deseo de que muchos entre ellos las cultiven *ex professo*.¹ En consecuencia, “hay que reconocer a los fieles, clérigos o laicos, -exhorta la constitución *Gaudium et Spes*- la justa libertad de investigar y de mostrar su pensamiento con humildad y valor en aquellas cosas en que sean peritos”.²

Por ello, la Iglesia, de acuerdo con este espíritu conciliar, percibió la urgencia de prestar la debida atención a las escuelas superiores y Facultades de Filosofía y Teología para alcanzar una comprensión más profunda de dichas ciencias, ensayando respuestas acordes a los nuevos problemas de la actualidad y en consonancia con los progresos científicos. De este modo, se comprenderá con mayor hondura cómo la fe y la razón convergen en una sola verdad.³ En esta misión, ocuparían un lugar privilegiado los centros de formación teológica llamados a desarrollar las más arduas funciones del apostolado intelectual y a lograr una inteligencia cada día más aguda de la Sagrada Revelación, a la vez que descubrir el patrimonio de la sabiduría cristiana concebida a lo largo de los siglos. Además, en estas circunstancias, las academias eclesásticas deberían promover el diálogo con los hermanos separados y los no cristianos.⁴

Estas orientaciones que el Concilio plasmó en 1965 ya venían resonando previamente en los ámbitos de renovación eclesial y, en buena medida, motivaron, hacia finales de la década de 1950, durante y después del Concilio (1962 en adelante), la nueva etapa de la Facultad de Teología de Villa Devoto, erigida en 1915 por breve de Benedicto XV.⁵

1. Cf. *Gaudium et Spes*, 62.

2. *Ibid.*

3. Cf. *Gravissimum Educationis*, 10.

4. Cf. *Ibid.*, 11.

5. Para mayores datos sobre la fundación, véase: G. DURÁN, “Orígenes de la Facultad de Teología. Contexto histórico y breve fundacional”, en: AAVV, *100 años de la Facultad de Teología*, Buenos Aires, UCA, Teología y Cultura, Ágape, 2015, 92 – 103; R. CORLETO, “El breve *Divinum praeceptum* de Benedicto XV. Análisis diplomático, transcripción y traducción”, en: *ibid.*, 105 – 168.

La presente contribución⁶ sobre monseñor Carmelo Giaquinta, profesor y decano de la mencionada institución, intenta esbozar sintéticamente la actuación de una de las figuras de este período de reforma que sentó las bases para lograr una Facultad de Teología en Argentina abierta al Pueblo de Dios conforme a esta “mística conciliar”.⁷

Referencias biográficas

Antes de ingresar en el itinerario de su labor docente, conviene presentar rápidamente algunos de sus datos biográficos.

Carmelo Juan Giaquinta nació en Buenos Aires el 22 de junio de 1930.⁸ Hijo de padres italianos, venidos a la Argentina, convocados por la oportunidad de trabajo en el país que se consideraba pujante. Entre otras cosas, el eco de los festejos de los cien años de la Revolución de Mayo, había creado en Europa la imagen de un escenario verdaderamente prometedor. Giaquinta mismo confesó ser parte de: “una historia familiar pobre de grandezas pero como tantas otras tejida de dolores en la tierra natal y de esperanzas en la Argentina del Centenario de 1910”.⁹

En 1938, su madre falleció siendo él un niño de ocho años y afrontar este acontecimiento lo hizo sentirse un hombre grande.¹⁰ Su padre se casó por segunda vez llegando a tener diecinueve hijos y Carmelo fue el segundo de los siete del primer matrimonio. Creció en un

6. Dos razones me motivaron para componer el presente artículo. En primer lugar, mi paso por la Facultad de Teología como alumno de la Licenciatura y del Doctorado, me acercó naturalmente a las figuras del quehacer teológico de dicha institución. El segundo motivo radica en el hecho de ser familiar directo de monseñor Giaquinta, realidad que despierta todavía más el deseo de profundizar y hacer memoria de su preocupación y desempeño en favor de la Facultad.

7. C. GIAQUINTA, “La Facultad de Teología Inmaculada Concepción”, en: V. R. AZCÚR; C. M. GALLI; M. GONZÁLEZ (eds.), *Escritos Teológicos – Pastorales de Lucio Gera, Del Preconcilio a la Conferencia de Puebla (1956 – 1981)*, Buenos Aires, Facultad de Teología – Ágape, 2006, 179.

8. Para mayores datos biográficos, véase: F. SÁENZ, *El sostenimiento de la Iglesia en Argentina antes y después del Concilio Vaticano II, a la luz de los escritos de Mons. C. J. Giaquinta*, Tesis de Licenciatura, Buenos Aires, Facultad de Teología, UCA, 2007, 106 – 117

9. C. GIAQUINTA, “El bicentenario de la Argentina (2010 – 2016). Recuerdo, reflexiones y sugerencias”, en: AAVV, *Identidad, culturas, imaginarios. La Argentina del Bicentenario: una realidad para pensar también teológicamente*, Buenos Aires, San Benito, 2011, 20.

10. Cf. Id., “Entrevista con Mila Doso”, 25 de octubre de 1994. Véase, también, F. SÁENZ, *El sostenimiento...*, 117.

hogar humilde, que como afirmó ya siendo obispo: “nadie tuvo que hablarme de la pobreza para entenderla (...) yo era pobre”.¹¹

El futuro profesor y decano de la Facultad de Teología cursó sus estudios primarios en la Escuela N° 2 de Villa Ortúzar y en 1939 inició su formación sacerdotal en el Preseminario de la arquidiócesis de Buenos Aires, el Instituto Vocacional San José, que funcionaba en San Isidro. En 1942, ingresó al seminario de Villa Devoto que, en ese entonces, estaba dirigido por la Compañía de Jesús, donde emprendió sus estudios secundarios (1942 – 1946) y, luego, las humanidades y la filosofía (1947 – 1949). Este punto clave de su historia, él lo relató en estos términos:

“Mi ingreso al Seminario en 1942 fue predestinado como el de todo ser humano, como el llamado del apóstol San Pablo. Los que dicen que no hay vocación de chico no saben lo que dicen. Yo nunca dudé de mi vocación, aunque no sabía mucho lo que era (...) En un momento creí que debía hacerme jesuita. Pero el Señor me salvó a mí y a la Compañía de semejante desatino. Aunque debo confesar que todo lo que soy se lo debo en buena parte a la Compañía. Pero también a las Hermanas de la Virgen Niña que, en el Preseminario de San Isidro, me enseñaron a no avergonzarme con sentimientos espirituales y decirle a Jesús: Te amo, y a visitarlo frecuentemente en la Capilla.”¹²

En 1949, se trasladó a Roma para continuar su formación en la Universidad Gregoriana residiendo en el Colegio Pío Latino Americano. Obtuvo la licenciatura en Teología en aquella institución y recibió la ordenación sacerdotal en la Ciudad Eterna, el 4 de abril de 1953. Inició el doctorado en teología dogmática con el desarrollo del tema “Las manos y los dedos de Dios en los Padres Prenicos”, que pronto decidió abandonar en razón de que ya había sido tratado lo suficiente por otro investigador. Luego, intentó abordar un nuevo proyecto, esta vez, sobre “La incompreensibilidad de Dios en los Padres Capadocios”. Viajó a Francia gracias a una beca de estudios ofrecida por la Embajada de este país en Argentina y, después de un viaje de estudios por Tierra Santa organizado por el Instituto Bíblico, regresó a su Patria motivado por los conflictos sociales que por entonces atravesaba.¹³ Este paso por Europa favoreció su relación con los núcleos de renovación teológica y

11. Cf. Id., “La pobreza, los pobres y el clero argentino”, *Pastores* 13 (1998) 58.

12. Cf. Id., “Mis recuerdos del Seminario de Villa Devoto”, *Apacienten el rebaño de Dios. Libro del Centenario del Seminario en Villa Devoto*, Buenos Aires, 1999, 161.

13. Cf. Id., “La Argentina, ¿un faro que se apaga?”, *Criterio* 2281 (2003) 147.

eclesial que fueron allanando el camino para la celebración del Concilio Vaticano II.

3. “Hacer una Facultad de Teología para el Pueblo de Dios”

3.1 En el ministerio de enseñar

Vuelto de Roma, después de casi dos años de desempeñarse como vicario cooperador de la Parroquia Sagrada Eucaristía de Palermo, Carmelo Giaquinta inició su actividad docente en la Facultad de Teología con las clases de Patrología, en 1957, tiempo en que el clero diocesano comenzaba a hacerse cargo del seminario de Buenos Aires y a conformar el claustro de profesores. Además de Carmelo, otros seminaristas de la arquidiócesis habían sido enviados a Europa por el Cardenal Santiago Copello a fines de la década de 1940, con el objetivo de prepararse para enseñar teología en un futuro muy próximo. Fue así que convivió en el Pío Latino Americano con M. Masciliano, M. Ramondetti, R. Nolasco, J. Sol, E. Briancesco, F. Storni y J. Duhourq. A su vez, jóvenes sacerdotes de Buenos Aires fueron a Roma para realizar sus estudios superiores como Mejía, Fernández, Trusso y Gera.¹⁴

En efecto, en el mismo año 57, junto a Giaquinta ingresaron los siguientes profesores: Lucio Gera como docente de la cátedra de teología dogmática, Ricardo Ferrara de teología fundamental y Rodolfo Nolasco de derecho canónico; a los que pronto se sumaron Tello, Geltman, Briancesco, Machetta y Masciliano.

Este nuevo plantel inició rápidamente un camino de reorganización institucional que llegó a ser, sin lugar a dudas, un período de refundación¹⁵ de nuestra Facultad a la luz del Concilio. En este sentido, Giaquinta recordando esos tiempos y el espíritu que los animaba, expresó:

14. Cf. Id., “La Facultad de Teología Inmaculada Concepción”, 182; C. M. GALLI, “La segunda etapa de la Pontificia Facultad de Teología y su integración en la Universidad Católica Argentina: 1960 – 2015”, en: AAVV, *100 años de la Facultad de Teología. Memoria, presente, futuro*, Buenos Aires, Facultad de Teología – Ágape – Teología y Cultura, 2015, 261 – 262.

15. C. M. GALLI, “La segunda etapa de la Pontificia Facultad de Teología y su integración en la Universidad Católica Argentina: 1960 – 2015”, 263.

“En este testimonio dejaré que la memoria y el afecto rescaten algunos hechos de aquellos hermosos años en los que, dirigidos y alentados por Lucio Gera, quisimos hacer una Facultad de Teología, para el Pueblo de Dios en la Argentina, de acuerdo con la mística conciliar”.¹⁶

Lucio Gera, habiendo asumido el cargo de prefecto de estudios, le encomendó en 1958, el dictado de alguna rama de la teología dogmática (*De Gratia et Virtutibus*) además de la patrología que era la materia que enseñaba desde el año anterior. En su carta del 31 de enero del año siguiente, manifestó espontáneamente las circunstancias de la vida humana y de una Facultad en pleno cambio. Con respecto al funcionamiento de las cátedras, escribe:

“En lo referente a las clases de patrología – Te pediría que las dictaras durante el primer semestre (...) Además, preferiría que el curso de patrología acompañara a las clases de historia de los primeros siglos, época patristica, que serán dictadas durante el primer semestre (...) Respecto a las clases de dogmática: sabrás que a Carballo lo han operado de un tumor en el cerebro (...) Por supuesto, no podrá tomar clases. Espero que nos cedan a Briancesco durante el segundo semestre (...) Teniendo todo esto en cuenta, vos deberás dictar las siguientes materias: De Baptismo, Confirmatione et Paenitentia, en el curso mayor, durante el primer semestre; más concretamente, desde fines de abril hasta principios de julio, dos clases diarias (...) Además te pediría que dictaras De Matrimonio, Ordine Sacro et Extrema Unctione durante el segundo semestre: concretamente, desde el 6 de octubre al 20 de noviembre. Estos tres últimos sacramentos, podrás dictarlos en el curso mayor o en el curso menor, conforme a tu deseo”.¹⁷

El 8 de febrero, Giaquinta contestó el correo desde Pampa de Achala (Córdoba) expresando su voluntad de ponerse al servicio en lo que hiciera falta:

“Sobre mi cátedra de Patrología –dice– no hay dificultad mayor. Sólo pensaba que si el segundo semestre tenía menos materias podría dejarla para entonces; pero no vale la pena deshacer el programa a otro profesor para ello. Lo del segundo semestre, *Deo adjuvante*, tendré buen hombro para ello – Curso mayor o curso menor? Si Briancesco viene, creo que sería una aten-

16. C. GIAQUINTA, “La Facultad de Teología Inmaculada Concepción”, 179.

17. L. GERA, Carta a Carmelo Giaquinta, Buenos Aires, 31 de enero de 1959, en: Legajo Mons. Carmelo Giaquinta, Archivo de la Facultad de Teología de Buenos Aires. De ahora en adelante, para referirnos a este archivo institucional utilizaremos la sigla AFT.

ción prestigiarlo dándole el curso mayor (...) Si vos creés que pueda haber alguien, fuera de Briancesco, que diese el curso mayor hacélo tranquilamente; creo que sería bueno ir preparando gente. ¿Quién podría ser? ¿Tello? El problema es si no viene Briancesco. ¿Tendremos que repartir los cursos entre los dos? ¿O dictar el mayor y el menor juntos? Gera: disponé de mí como gustes, según las necesidades (...) Dictar en el curso menor hasta tendría motivo de alegría en ello”.¹⁸

Cabe señalar, que en 1960, asumió en el seminario de Buenos Aires, monseñor Eduardo Pironio como primer rector perteneciente al clero diocesano y la Universidad Católica Argentina, creada en 1958, obtuvo el título de Pontificia el 16 de junio del ‘60. Nuestra Facultad de Teología se incorporó a dicha institución y se designó a Lucio Gera primer decano de la Facultad en 1965.¹⁹

En referencia a su trayectoria docente, Giaquinta dictó en esta Facultad las clases de patrología desde 1957 a 1959 y en 1964; historia de la Iglesia Medieval durante el ciclo lectivo de 1961, año en que también enseñó eclesiología y método científico, orígenes cristianos, teología ascética y mística e historia de la Iglesia antigua, asignatura de la que se encargó hasta 1980. Luego, retomó orígenes cristianos en 1971 hasta 1981 y ascética en 1972 hasta 1975. A su vez, ofreció el curso de ecumenismo en 1967 mientras que los de la teología de los sacramentos de matrimonio y orden, bautismo y confirmación los llevó adelante desde 1969 a 1971.*

3.2 La organización de la Biblioteca

Así como el seminario y la Facultad fueron progresivamente pasando su conducción al clero secular, así también la Biblioteca. En 1958, siendo todavía rector del seminario un sacerdote jesuita, el padre Pedro Moyano, además de transferirse la organización de los estudios tal como venimos relatando, se designó un nuevo prefecto o director de la Biblioteca, Rodolfo Nolasco y un *Adiutor*, Carmelo Giaquinta,

18. C. GIAQUINTA, Carta a Lucio Gera, Pampa de Achala, 8 de febrero de 1959, en: Legajo Mons. Carmelo Giaquinta, AFT.

19. Cf. J. G. DURÁN, “Orígenes de la Facultad de Teología. Contexto histórico y breve fundacional”, en: *100 años de la Facultad de Teología*, 103.

* Cf. Planillas de Curriculum Vitae presentadas por Carmelo Giaquinta a la Facultad, AFT.

quien al año siguiente asumirá la dirección, oficio que desempeñó desde 1959 hasta 1961.²⁰

En las correspondencias, puede observarse su especial y temprano interés por renovar la Biblioteca aunque advertía una cierta incompatibilidad entre la labor intelectual seria y la tarea fundamentalmente práctica de ser bibliotecario. No obstante no renunció a ninguna de las dos, sino que las integró de esta manera:

“Propongo lo que sigue –le escribía a Gera– Yo mantendría la responsabilidad, compras, la correspondencia con Europa, los giros, el trato con la Curia. Es decir, formar la Biblioteca; otra persona, un sacerdote que no sea profesor de materias importantes, o un bibliotecólogo contratado, o en su defecto (...) un seminarista responsable (...) sea el encargado directo del: sellar, fichar, inventariar, encuadernar (...) Esta persona debería tener autoridad propia (...) y no estar a mis órdenes”.²¹

La respuesta de Gera fue casi inmediata ofreciéndole la posibilidad de un colaborador como lo había solicitado, señalando la importancia de su trabajo como director de la Biblioteca, cuyo nivel marcaría el rumbo de la Facultad, especialmente en aquella etapa de reinstauración:

“Te pido –le indicaba– me sugieras algún nombre, acerca de la persona que podría cumplir el cargo de Bibliotecario adjunto. Pero te pediría que vos no abandones la dirección de la Biblioteca. Este año lo has hecho muy bien y no hay porqué suplantarlo a la gente que cumple bien con sus cargos. En este momento, me parece la Biblioteca uno de los asuntos más importantes y de su organización y material dependerá una gran parte de la buena marcha de los estudios.”²²

Este oficio académico encomendado a Carmelo fue profundamente favorecido por su gusto personal por los libros desde su época de estudiante, según confesó familiarmente:

20. Cf. F. GIL, “Est in Seminario Bonaërensi bibliotheca...” La Biblioteca del Seminario y de la Facultad de Teología a través del tiempo (1784 – 2015)”, en: AAVV, *100 años de la Facultad de Teología*, 222. Véase: *Curriculum Vitae*, en: Legajo de Mons. Carmelo Giaquinta, AFT.

21. C. GIAQUINTA, Carta a Lucio Gera, Pampa de Achala, 21 de enero de 1959, en: Legajo de Mons. Carmelo Giaquinta, AFT.

22. L. GERA, Carta a Carmelo Giaquinta, Buenos Aires, 31 de enero de 1959.

“Aprendí a gastar en libros. Muchos libros. Y buenos. Todos mis ahorros iban a parar allí. Esa fue mi pasión, que me acompañó desde los estudios filosóficos y durante toda mi estadía en Roma y París, y todavía durante los primeros años de ministerio sacerdotal, hasta poco después del Concilio. Hoy me pregunto si no había en ello cierto desorden afectivo. ¡Cuántos libros que nunca utilicé! Hasta que por fin aprendí a utilizar la Biblioteca de la Facultad de Teología. Pero, por suerte, aprendí a gastar en libros.”²³

En 1971, la revista *Teología* publicó un primer informe de la gestión del padre Osvaldo Santagada como director de la Biblioteca valorizando el trabajo realizado por sus antecesores:

“Al tomar el clero diocesano nuestra Facultad de Teología –explica el cronista– la Biblioteca del Seminario Metropolitano de Buenos Aires quedó a cargo de la Facultad. Desde entonces se ha venido trabajando seriamente para que la Biblioteca sea una fuente de información teológica para todos sus frequentadores, a la vez que contribuye a su enriquecimiento científico y pastoral (...) Esta obra se la debemos en sus comienzos a los Pbro. Carmelo Giaquinta y Eduardo Briancesco y desde 1967 al Pbro, Osvaldo Santagada (...) De este trabajo paciente y constante ya se ven numerosos frutos.”²⁴

Entre los logros de la gestión de Giaquinta como bibliotecario, merece destacarse la incorporación de una colección significativa de las fuentes patrísticas. También, fue decisiva su constante preocupación por la “unidad” de la Biblioteca que cuenta históricamente con dos fondos de libros, revistas y otros bienes: uno perteneciente a la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y otra al Seminario Mayor de la arquidiócesis de Buenos Aires. Gracias al empeño de aquel bibliotecario, ambos fondos son actualmente custodiados y conservados por la Facultad de Teología, en una misma Biblioteca.²⁵

3.3 *Sus cargos directivos en la Facultad*

La Facultad de Teología, durante el período de traspaso de la Compañía al clero secular, era conducida por el rector del seminario

23. C. GIAQUINTA, “La pobreza, los pobres y el clero argentino”, 60.

24. “Crónica de la Facultad”, *Teología* 20 (1971) 224 – 225.

25. Cf. Estatutos de la Facultad de Teología, Buenos Aires, 2004, título V, capítulo 2, art. 102, 2.

como *Praeses* (presidente) de la institución quien delegaba en la persona del prefecto de estudios la función de organizar y dirigir los asuntos académicos. Como ya lo señalamos, desde 1957 hasta 1961, Lucio Gera desempeñó este cargo al que le sucedió Ricardo Ferrara de 1961 a 1965. El 9 de marzo de ese año, Gera asumió como primer decano, nombrado por el cardenal Antonio Caggiano, Gran Canciller de la Universidad Católica Argentina, habiendo obtenido el *placet* de la Santa Sede.²⁶ Este hecho significativo para la historia de la institución inició entonces de manera formal la nueva etapa en la Facultad de Teología a la que hemos aludido.

En los comienzos de este decanato, no existía aún la figura del vicedecano. Gera era secundado por un consejo y el secretario académico, Ricardo Ferrara, hasta que en 1968, éste renunció a la secretaría para realizar con mayor dedicación sus trabajos de investigación y docencia. Y fue reemplazado por el padre Cayetano Saladino. Circunstancia que evidenció la urgencia del nombramiento de un vicedecano que colaborara con Gera en las funciones de gobierno. En consecuencia, el claustro de profesores eligió una terna integrada por Carmelo Giaquinta, Osvaldo Santagada y Juan Radrizzani para ser presentada a monseñor Juan Carlos Aramburu, por entonces arzobispo coadjutor de Buenos Aires. El prelado designó a Carmelo en 1968 para ejercer aquel oficio que continuó un tiempo, incluso, junto al decano posterior, Luis Villalba (1969 – 1972) hasta 1969.²⁷

Después de la gestión de Villalba, Giaquinta contrajo el cargo de decano el 21 de julio de 1972 junto a Juan Radrizzani y Alfredo Chiesa que desempeñarían los oficios de vicedecano y secretario académico, respectivamente. En el año 1976, fue reelegido en la tarea que cumplió hasta principios del año 1979.

Luego de haber presentado estos datos cronológicos, no podemos dejar de preguntarnos cómo habrán sido los dos períodos decanales de Carmelo y cuáles sus criterios en orden a señalar el camino a transitar por la Facultad de Teología a su cargo.

26. Cf. C. M. GALLI, "Nuestra Facultad de Teología en perspectiva histórica: desde su origen (1915) y hacia su centenario (2015)", *Teología* 88 (2005) 673.

27. Cf. O. ALBADO, "El claustro de profesores y directivos", *100 años de la Facultad de Teología*, 506 – 507.

Para intentar alguna respuesta en este sentido, recurrimos a los planes de trabajo que como decano sugería en las reuniones del Consejo de la Facultad, en las que se puede espigar sus metas, sueños, inconvenientes y logros.

Aproximándose los sesenta años (1975) de la Facultad, Giaquinta expuso un “Panorama Académico” que reflejaba la historia, revisaba el presente y apuntaba al futuro. Fecha que tenía un aniversario tal vez más oculto pero muy significativo: los veinte años del nuevo claustro que se fue plasmando paulatinamente desde 1951, cuando el futuro cardenal Jorge Mejía, perteneciente al clero secular, se hizo cargo de la cátedra de Sagrada Escritura. Este plantel quiso ser “nuevo” no sólo por sus miembros sino por el carácter que lo conformaba: la renovación del Concilio. Giaquinta como decano se preocupó tenazmente junto con toda la comunidad académica de consolidar la nueva etapa de la Facultad, rubricada especialmente por la *Lumen Gentium*, la *Gaudium et Spes* y por el decreto *Gravissimum Educationis Momentum*.

En esa oportunidad, según él lo comentó, la etapa organizativa estaba en buena medida ya cumplida: estatutos, planes de estudio, reglamentaciones, cuestiones jurídicas, administración autónoma, etc. Se esperaba ahora el salto a la fase típicamente académica en la cual la mejor prenda dependería del mismo claustro, que en esas circunstancias, contaba con las siguientes características:

“No es este –decía– el claustro de la época conciliar (1960 – 1965) en que jugaba la ilusión de todo lo nuevo, cuando las cosas pensadas y queridas parecían fáciles de alcanzar (...) Tampoco es el claustro de 1965 – 1970 cuando lo mismo que toda la Iglesia hubo que ponerse a pensar los caminos nuevos, con dificultad, con dolor. Es un claustro que tiene ahora delante de sí una etapa nueva en buena parte ya empezada, como lo demuestra el tercer año de aplicación del Nuevo Plan de Estudios que integra en un sexenio el Ciclo Básico; o la Licenciatura (acordada) ya a dos alumnos según el plan del bienio.”²⁸

Estas referencias históricas del cuerpo de profesores fueron apuntadas por el decano en orden a tomar perspectiva y avizorar mejor el porvenir, asumiendo las tareas que les competía encomendadas por la misma Iglesia.

28. C. GIAQUINTA, Panorama Académico, Manuscrito, en: Legajo de Mons. Carmelo Giaquinta, AFT.

En este sentido, Giaquinta recomendó “reactualizar” la noción de cuerpo estableciendo una analogía con el Concilio que había puesto en valor el concepto y realidad del colegio episcopal. De esta manera, por la elección de los colegas y por el mandato del obispo, cada uno de los profesores ordinarios “está insertado en un cuerpo colegiado y jerarquizado cuya función en la Iglesia y en la sociedad es enseñar, investigar y difundir la ciencia sagrada en orden a la salvación de los hombres”.²⁹ Como consecuencia de esto, cualquiera sea el grado de dedicación en tiempo que el profesor prestase a las tareas de la Facultad, ser profesor ordinario, según este criterio, sería una labor absolutamente prioritaria en la vida de cada uno de los así designados que no admitiría, por lo mismo, competencia con otras actividades ni subordinación a ninguna por importante que fuera.³⁰

Al mismo tiempo, aconsejaba una armonía con otras tareas asumidas por los profesores, especialmente con la pastoral directa en virtud de un enriquecimiento de la Teología a partir de la misma realidad del Pueblo fiel. Por ello advirtió que: “No se ha de ver en esto una contraindicación para combinar de hecho y *de iure* la función docente de la Facultad con otras inmediatamente pastorales. Éstas asumidas adecuadamente, en vez de entorpecer, pueden estimular al profesor y ser provechosas a la misma Facultad”.³¹

Como decano, incentivó a los docentes, miembros de un “colegio profesoral”, a que tomaran conciencia de la necesaria solidaridad que debía instalarse en dicho cuerpo entre todos sus integrantes como colegio y para con cada uno de ellos considerado como persona. Solidaridad que se tenía que manifestar en todo momento: durante la rutina diaria, pero especialmente en los momentos de fatiga de la vida del mismo cuerpo y en las circunstancias alegres o tristes de cada uno de sus miembros. Sugirió fomentar una actitud de disponibilidad para asumir tareas, cambiar de tareas o dejarlas, dentro de las posibilidades personales, siempre y cuando el bien de la Facultad lo aconsejase o exigiera. Para ese entonces, hacía quince años que la mayoría de los profesores de la “nueva etapa” se encontraban aún reunidos, viviendo

29. *Ibid.*

30. Cf. *Ibid.*

31. *Ibid.*

comunitariamente en el seminario de Villa Devoto, signo preclaro de que la mencionada solidaridad existía realmente.

Esta solidaridad “humana” debía conjugarse con una solidaridad que el decano llamaba “académica”. Ésta se manifestaría en la tarea del gobierno de la Facultad pero particularmente en la labor docente, de investigación y difusión de la Verdad Revelada. De esta solidaridad dependerá, por ejemplo, la organicidad de una cátedra; entre los diversos profesores ordinarios y extraordinarios que la integran junto con sus ayudantes, de igual modo que entre los diversos cursos que se dictan. Prontamente, esta misma solidaridad reclamará la organización entre las diversas cátedras bajo la dirección de un departamento y luego de éstos entre sí.

Esta solidaridad “humana” y “académica” no debería separarse, más bien depender de la virtud de la caridad. “La concibo –explicaba Carmelo– como ejercicio que se nos pide a nosotros de la misma (...) Esta solidaridad reviste todas las características de aquella: benigna, paciente, esperanzada (1 Co 13)”.³²

En referencia a la agrupación de las materias filosóficas y teológicas en departamentos y a los ciclos (básico y licenciatura), durante su gestión podemos destacar los siguientes avances, proyectos y sugerencias: Según Giaquinta, en esos tiempos, los departamentos se encontraban *in fieri*. Con respecto al departamento de Teología Sistemática, su objetivo consistía en establecer la nómina formal de los titulares de las cátedras y analizar la marcha de las mismas. Conforme al espíritu de renovación eclesial del momento, auspició la creación de nuevas cátedras y la incorporación para tal efecto de profesores auxiliares y extraordinarios.

En cuanto al departamento de Sagradas Escrituras, el decano realzaba la importancia de sus diversos cursos en razón de que se estudiaba en ellos la fuente primera de la Teología. Pidió que se observaran cuidadosamente las orientaciones del Vaticano II respecto a estos temas y la organización de “Jornadas o Seminarios de estudio” anuales o semestrales para presentar la problemática e inserción en la docencia teológica conjunta en vistas a favorecer el diálogo interdisciplinar.

32. *Ibid.*

Por su parte, el decano también se preocupó de dar mayor solidez al departamento de Historia de la Iglesia que había sido el primero en fundarse y que necesitaba robustecerse. Para lograr este objetivo, se confeccionaron sendos equipos de ayudantes de trabajos prácticos, la recolección de documentos de historia de la Iglesia patristica y medieval y apuntes para los alumnos (folios), amén de la incorporación de nuevos profesores como Rubén García y, más tarde, el joven sacerdote Juan Guillermo Durán, quien pronto se destacó como docente, escritor e historiador. Otra contribución relevante en este campo fue la promoción de los estudios de historia de la Iglesia en América Latina y la creación de una biblioteca especializada que permitiera a profesores y alumnos los trabajos de investigación. Fue pionero en introducir en el último año de teología el curso de historia de la Iglesia en América Latina y Argentina.

A su vez, instó para que el departamento de Teología Pastoral funcionara acorde a su capital importancia en la estructura de la Facultad, ya que tenía la misión de evidenciar cómo la Teología es inspiradora de la pastoral y viceversa. Aconsejaba la relación indispensable de este departamento con la teología moral, la eclesiología y sacramentos a fin de que lograra ser auténticamente teológico y ocupara su rol específico dentro de la institución.

Por otra parte, este era el tiempo en que se estaba iniciando en la Facultad el ciclo de la licenciatura en Teología (con diversas especialidades: dogmática, moral, Sagrada Escritura, historia de la Iglesia, pastoral, etc.) que Giaquinta diagramó junto a otros profesores y el secretario académico, pidiendo a los “tutores” especial cuidado de la formalidad (no “burocrática”) en la guía del estudiante. Y, no menos importante para él, el ciclo básico, en que exigió un conocimiento del alumno y de sus expectativas, una pertinente evaluación de sus conocimientos humanistas, filosóficos y teológicos, coordinación entre las materias de cada año lectivo, y recomendó ofrecer elementos pedagógicos, una sólida base en filosofía y el manejo de los idiomas clásicos.

Por último, otro de los cargos que asumió en esta institución, fue el de director de la revista *Teología*,³³ nacida en 1962, como medio

33. Sobre la historia de esta publicación, véase: F. TAVELLI, “50 años de la revista *Teología* (1962 – 2012)”, *Teología* 115 (2014) 33 – 67.

de expresión de la elaboración teológica de la Facultad, bajo la inspiración del Concilio Vaticano II que comenzaba a celebrarse. Dirigió la publicación desde 1966 hasta 1968 con la firme convicción de que *Teología* debía ser un espacio de reflexión que respondiese a la realidad del país y Latinoamérica, una labor especulativa en servicio del hombre actual.³⁴

4. Su preocupación por la formación del clero

Entre los principales intereses de su vida ocupa un lugar primordial la formación de sacerdotes y diáconos. En 1957, como vimos, comenzó como profesor de la Facultad y como director espiritual de los seminaristas filósofos. Esta labor pastoral modeló su cualidad de “formador” de sacerdotes que lo caracterizó. Años después, fundó y dirigió una comunidad de seminaristas provenientes de distintas diócesis argentinas. De modo que, según el testimonio de Lucio Gera, su colega y amigo, “el mundo del seminarista y del seminario ha sido el campo de una experiencia ininterrumpida de Carmelo Giaquinta, quien como director espiritual, profesor y rector, ha debido conjugar la triple función formativa: espiritual, intelectual y pastoral”.³⁵

En este sentido, Carmelo señalaba que la misión del “presbítero-pastor” era la realización del Reino de Dios y la formación del Pueblo de Dios. “El horizonte —explicaba Gera la concepción de su compañero— no queda trazado por la línea que va simplemente del seminario a la generación de nuevos presbíteros, sino por la que va del presbítero-pastor al Pueblo de Dios, a cuyo servicio están los ministerios, el presbiterado y, por supuesto, el seminario”.³⁶

En consonancia con el Vaticano II, Carmelo recordó que en la lógica conciliar, formación sacerdotal, formación presbiteral, formación ministerial y formación pastoral eran sinónimos. Constatación que lo motivaba a no olvidar la función propia de los seminarios: la de formar pastoralmente a los sacerdotes. Toda la vida del seminario se ha

34. Cf. *Ibid.*, 41.

35. L. GERA, “prólogo”, en: G. GIAQUINTA, *Despertar del sentido pastoral en América Latina*, Bogotá, 1985, 12.

36. *Ibid.*, 13.

de considerar como formación pastoral aun cuando se distingan diversos niveles dentro de la misma: la dimensión humana, espiritual, intelectual o el ejercicio de apostolado directo.³⁷

Asimismo, no se cansó de señalar la razón teológica de la fraternidad sacerdotal y la relación del ministro sagrado con el presbiterio y de éste con el obispo, ya que integra un *Ordo* (cuerpo) del que participa por medio del sacramento del Orden. Fue promotor de la organización de los consejos presbiterales en las diócesis y la pastoral de conjunto.

Por su parte, también resaltó el avance del Concilio sobre la sacramentalidad del episcopado y la iniciativa de renovar el diaconado permanente que obtuvo grande aceptación en América Latina. “Novedad que no se explica sin una intervención especial de aquel mismo Espíritu que llenó el corazón de Esteban (Hch 6, 5)”.³⁸ Su inclinación por estos temas puede constatarse incluso antes de la celebración del Vaticano II, como lo demuestra el artículo “El diaconado: pasado, presente y futuro” que escribió en el año 1961.³⁹ Cabe mencionar además sus escritos sobre el sacerdocio: “La escasez del clero argentino”; “El sacerdocio y el mundo actual en América Latina” o “Sacerdocio de hoy” son algunos de sus títulos.⁴⁰

Casi al final de su vida, después de haber trabajado infatigablemente en esta tarea formativa, disertó en el contexto del XVI Encuentro Nacional de Formadores de los Seminarios Argentinos (2010), cuyas consideraciones nos ofrecen indicios para bosquejar una síntesis de su pensamiento al respecto.

En esa conferencia, Giaquinta advirtió que en estos tiempos la misión de los formadores no consiste en hacer exégesis de los textos conciliares y postconciliares pero sí atender a sus directivas, “valorar sus intuiciones” y sumar las experiencias personales en referencia a esta pastoral particular: “luces obtenidas, logros alcanzados, dificultades con que tropezamos, nuevos interrogantes que se nos presentan, etc. (...) Y en lo posible, formular algunos propósitos para presentar a

37. Cf. C. GIAQUINTA, *Despertar del sentido pastoral en América Latina*, 46.

38. *Id.*, “Instauración del diaconado permanente en América Latina”, *Teología* 13 (1968) 242.

39. *Criterio* 1393-4 (1961) 922 – 926.

40. *Ibid.*, 1462 (1964) 784 – 786; *Boletín del Movimiento por un Mundo Mejor* (1964) 1 – 9; *Criterio* 1475 (1965) 342 – 347, respectivamente.

nuestro Episcopado en vista de una mejor formación permanente de nuestro Presbiterio”.⁴¹

Esta preocupación hundía sus raíces en la importancia del papel que cumple el ministro ordenado en la edificación del Pueblo de Dios. Conviene destacar aquellas preguntas que Carmelo formuló en aquel encuentro pues en ellas subyace claramente el perfil del sacerdocio querido por el Concilio y demuestran, por lo mismo, su criterio en relación al tema, a saber:

“1) ¿El seminarista tiene idea clara de la sublimidad del Bautismo y del sacerdocio bautismal? «*Agnosce, christiane, dignitatem tuam*». ¿Entiende que no hay dignidad más grande que la de ser cristiano, hijo de Dios? ¿Que el Presbítero no es un cristiano de mayor categoría, ni el fiel lo es de menor? ¿El descubrimiento de la infinita dignidad del cristiano es lo que lo mueve a ponerse a su servicio, abrazando la vocación al presbiterado y asumiendo la responsabilidad que le cabe en su configuración con Cristo Buen Pastor como futuro ministro suyo?” 2) “¿Qué grado de convencimiento logra el seminarista ordenando de que la vida cristiana, tanto personal como comunitaria, está llamada a un continuo crecimiento espiritual (o formación permanente)? ¿Tiene idea clara de que, después de la Ordenación, permanece, como todo bautizado, en situación de imperfección, y que debe perfeccionarse a lo largo de toda su vida? ¿Y que, por tanto, es siempre un discípulo que necesita ser enseñado, un pecador que necesita ser santificado, una oveja que necesita ser pastoreada?” 3) “¿Igualmente, de que, una vez ordenado, su ministerio y su vida estarán orientados a servir ese crecimiento?” 4) “A más de cuarenta y cinco años de la clausura del Concilio, ¿qué experiencia han hecho los seminaristas antes del ingreso al Seminario del trato que los pastores dispensamos a los fieles laicos?” 5) “¿Qué experiencia hacen los seminaristas al respecto en el ejercicio pastoral que realizan durante el Seminario, sea en el fin de semana, sea en experiencias especiales (como el año de residencia en Parroquias)?”. “Estas dos últimas preguntas suponen una evaluación de cuánto ha crecido en los Presbíteros la conciencia de vivir entre los laicos, según dice el Concilio, como “hermanos entre sus hermanos.”⁴²

5. Del Centenario hacia el Bicentenario de la Facultad de Teología

El recorrido histórico que acabamos de realizar nos acercó a la figura de monseñor Carmelo Giaquinta como profesor y decano de la

41. *Id.*, “La unidad de la formación sacerdotal”, *ibid.*, 102 (2010) 27.

42. *Ibid.*, 35 – 36. Cf. *Presbyterorum ordinis*, 9.

Facultad de Teología. En virtud de esas referencias, pudimos vislumbrar algunos aspectos del contexto de la institución y, a su vez, del momento de la Iglesia argentina y universal. Comprobación que, enunciada en torno a la celebración del Centenario de la Facultad (1915 – 2015), nos impulsa hacia el horizonte del Bicentenario.

De todo lo dicho, podemos afirmar, sin temor a equivocarnos que la reforma de la Facultad de Teología se llevó a cabo fundamentalmente gracias a un cuerpo de profesores que compartieron el “trabajo y la mesa en común”. “Quehacer teológico”, suscitado fundamentalmente por la “atmósfera” del Concilio que los hermanó en el mismo objetivo: “hacer una Facultad de Teología para el Pueblo de Dios”.⁴³ Carmelo se empeñó en propagar dicha atmósfera por medio de la docencia y la investigación como parte integrante de su actividad pastoral. Sus numerosas publicaciones así lo manifiestan, por ejemplo: “Vaticano II: un cambio para los tiempos nuevos”; “Actitud cristalina ante el Concilio” o “Invitación a la unidad”, entre tantas otras.⁴⁴

Auspició un lenguaje teológico, católico y latinoamericano que él mismo describió cómo debería ser: un lenguaje teológico latinoamericano que, revalorizando el estilo de pensar teológico de los grandes pastores y doctores de la Iglesia, sea capaz de pensar el hoy, desde la fe cristiana, la vida y la problemática del hombre del continente. Al hablar de estilo de pensar teológico, Giaquinta aludía simultáneamente a un estilo de pensar pastoral que ha de ser capaz de comulgar con toda la tradición teológica de la Iglesia y de abrirse al diálogo con todas las escuelas teológicas.⁴⁵

En suma, la significación de su paso por la Facultad de Teología y las intenciones que lo motivaban en sus labores académicas quedaron sintetizadas en un comentario suyo que en razón de su importancia testimonial transcribo textualmente a continuación:

43. Conforme a esta “atmósfera”, recordemos que en esta Facultad se comentó tempranamente en 1965, la *Lumen Gentium* y la *Gaudium et Spes* por Ferrara, Gera, Tello y Giaquinta. Véase: *Teología* 7 (1965) 127 – 153 y 8 (1966) 3 – 105; *Teología* 10 – 11 (1967) 5 – 137. Cf. C. M. GALLI, “La recepción del Concilio Vaticano II en nuestra incipiente tradición teológica (1962 – 2005)”, en: *100 años de la Facultad de Teología*, 352.

44. *Criterio* 1404 (1962) 413 – 414; *Estudios* 534 (1962) 257 – 262; *Teología* 1 (1962) 3 – 34, respectivamente.

45. Cf. C. GIAQUINTA, *Despertar del sentido pastoral en América Latina*, 169 – 170.

“...Me cupo trabajar junto con el P. Lucio Gera –afirma– y demás colegas en la opción de perfilar la distinción entre seminario y Facultad de Teología. Y ello, no por espíritu de contradicción, sino para responder a la visión conciliar de la Iglesia como Pueblo de Dios. Que, por tanto, la Facultad debía estar abierta a todos los cristianos, clérigos y laicos, varones y mujeres. Les resultó cómico a los romanos cuando el P. Ferrara llevó nuestro pedido de que en las Normas de reforma de los estudios eclesiásticos se dijese “la Facultad de Teología está abierta a los laicos, también a las mujeres”. Los romanos admirados se preguntaban “come mai voi argentini non capite che le donne sono dei laci? Ma in onore a voi mettiamo: Facolta teologiche aperte ai laici, anche donne”. Pensábamos que la apertura de la Facultad a los laicos, además de un derecho de todo el Pueblo de Dios, era sano para la misma formación de los seminaristas. Que éstos tenían que caracterizarse mañana por la caridad pastoral y no por el monopolio de las ciencias eclesiásticas. ¡Qué saludable para los seminaristas ver a la Hna. Celina Cainelli, por la mañana directora de un colegio de mil alumnas, y por la tarde alumna de la Facultad, que tenía sus trabajos prácticos al día, y no faltaba nunca! (...) afianzar la línea conciliar: la Facultad abierta al Pueblo de Dios, los seminaristas concurriendo a ella para dar a sus compañeros su testimonio específico de futuros pastores. Y también para recibir de ellos el suyo propio: de los variados carismas de las diversas órdenes y congregaciones religiosas, de los distintos estados de vida en la Iglesia, casados y solteros, varones y mujeres que ejercen diversas profesiones. La concurrencia de los seminaristas a una Facultad abierta es un don de Dios del que la Iglesia de Buenos Aires debe dar gracias a Dios, cuidarlo y acrecentarlo.”⁴⁶

A su período académico (1957 – 1980) le siguió su etapa episcopal (1980 – 2011), que bien podría ser reseñada en comunicaciones ulteriores. Carmelo Giaquinta fue designado obispo auxiliar de Viedma en 1980 por el papa San Juan Pablo II y recibió la consagración episcopal el 30 de mayo de ese año en la catedral de Buenos Aires. Luego, le encomendaron el gobierno pastoral de la diócesis de Posadas en 1986, misión que desarrolló hasta 1993 cuando asumió el arzobispado de Resistencia (1993 – 2005). Como arzobispo emérito (2006 – 2011) continuó trabajando en favor del Pueblo de Dios, particularmente en la formación sacerdotal, a través de conferencias, escritos y predicación de retiros espirituales a los distintos presbiterios diocesanos. Como corolario de su vida, creo oportuno reproducir su escrito póstumo pues manifiesta su perfil pastoral y talante espiritual que vale como conclusión de estas breves líneas en su homenaje:

46. *Id.*, “Mis recuerdos del seminario de Villa Devoto”, 164.

“¡Gracias, Señor, por tu inmenso Amor – escribía el 18 de junio de 2011 pocos días antes de su muerte– ¡Gracias, Señor, por tu inmenso Amor! ¡Gracias, Señor, por tu infinito Amor, que no tiene medida! Y me lo has demostrado durante toda mi vida. ¡Cómo deseo cantar a tu Amor toda mi vida y durante toda la eternidad! Te doy infinitas gracias porque te me diste a conocer desde pequeño, y me enseñaste a amarte. Perdona, Señor, que te diga que te he amado con locura. Y como sé que ésta es gran pretensión, quise amarte con locura. Y si tampoco esto es cierto: tuve y tengo la veleidad de amarte con locura. Y estoy cierto que aceptas esta veleidad, y que la convertirás en amor verdadero. Miro para atrás, y cuánto tiempo perdido...”⁴⁷

PABLO NAZARENO PASTRONE
FACULTAD DE TEOLOGÍA UCA
24 -05- 2016/10.11.16

47 Manuscrito de puño y letra de Mons. Carmelo Giaquinta, 18 de junio de 2011, encontrado entre sus pertenencias en el Sanatorio San Camilo donde falleció el 22 de junio.